

- Eulalia Teresa: Uno de mis relatos publicado en la revista La Hortelana de la Casa Regional de La Palma en Tenerife.

“La vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.
(Gabriel García Márquez)

Y aunque hayan pasado los años, Adelina seguirá conservando a aquella niña en un rincón de su mente. En aquel pequeño pueblo de pintorescas casitas, sobre una empinada ladera donde su abuela tenía la escuela repleta siempre de jóvenes que entraban y salían, ella se sentía un juguete: mimada, querida por todos, corriendo por aquellos caminos, oyendo los susurros del agua deslizándose por las ñameras camino de los canteros y contemplando aquellas flores de colores y plantas desconocidas que adornaban los bordes del camino y bailaban algunas tardes con la brisa desprendiendo olores que lo invadían todo.

¡Cuántas tardes de conversación con la abuela sentada en la ventana contemplando aquel bello lugar y contándole cosas de la guerra, de gentes del pueblo, de su vida y, ella le regalaba sus oídos, pues le gustaba lo que decía y como hablaba con voz dulce y a la vez con pena. ¡A veces, la abuela se detenía suavemente en aquella ráfaga de palabras que en realidad no eran otra cosa que lágrimas que no dejaba brotar de sus ojos para que la nieta fuera feliz.

Los días de calor, la abuela dejaba la ventana entreabierto para que refrescara por la noche. La cama primorosamente vestida y, sobre la cómoda, el lugar de los recuerdos: santos, estampas, una gran foto del abuelo y de ella el día de su boda que besaba antes de irse a la cama, y un despertador que sin fallar anunciaba el peso de las horas.

En un aparador de oscuras gavetas guardaba una cajita colmada de sueños. Las cartas que su marido le enviaba de las diferentes cárceles en las que estuvo. Algunas noches abría la cajita con cuidado para que su nieta no se despertara y se pasaba las horas releýndolas. Sus lágrimas fluían serenas, resbalaban por su rostro, se perdían en el cuello y ella no hacía movimiento alguno para limpiarlas. Se quedaba con las cartas en la mano, la mirada perdida...

Amanecía el día con el canto del agua que bajaba velozmente por la atarjea para regar las huertas y que la niña alguna vez trató de desafiar intentando llenar un cubo que la corriente le arrancaba de las manos. Los silbidos del panadero anunciaban la hora del desayuno. Cargado con una cesta de pan bajaba por aquella ladera. Desde el puerto a la plaza del pueblo, caminando, aparecía la pescadera, descalza, las pesas oxidadas y con una enorme espuerta de pescado sobre la cabeza a la que protegía con un rodete de trapo. Con equilibrio de malabarista, aquella belleza de mujer se movía, salvaje, coqueta, por los pendientes caminos. Aquellas escenas, día a día, se fueron grabando en su memoria. La espuerta de pescado fresco y aquel olor envuelto en musgo marino le pertenecerían para siempre.

¡Cuánto sufrió la abuela! Aquella mujer de semblante triste y de dulce sonrisa, fue perseguida con especial ahínco porque su marido, después de haber pasado por varias prisiones, había sido fusilado por comunista al final de la Guerra Civil. Este hecho la marcaría para siempre, pues sobre ella había recaído la sospecha de que era de la misma ideología aunque nunca demostró nada públicamente.

¡Cuántos lamentos ahogados y esperanzas sombrías en la soledad de su casa cuando los alumnos dejaban la escuela y llegaba la noche nutriéndose de horas y silencios donde las

ilusiones, los sueños y los deseos le torturaban el alma! Ella era consciente de que lo único que le quedaba para llenar su vida era la escuela. El hombre que amaba se había ido. Era el trabajo lo que la estimulaba para emprender nuevos caminos.

Vivía aterrada. Se sabía sospechosa de hechos no realizados. Por eso el día que el Sr Inspector la visitó en su escuela (hecho que sucedía con frecuencia) pidiéndole los diarios de las materias y tareas programadas, presentía que algo malo le iba a ocurrir: no se había anotado la parte referida a la asignatura de Religión de un día concreto, pues había que dar todos los días un episodio de la Historia Sagrada. Fue conducida al cuartelillo y allí, después de dar múltiples explicaciones, fue amenazada por el jefe de la Guardia Civil, revólver encima de la mesa que daba vueltas con su dedo índice en el gatillo, advirtiéndole, que si eso volvía a ocurrir sería cesada de su cargo.

Aunque enseñó condicionada por el sistema político y el temor de una venganza, siempre dejaba escapar sutilmente la importancia de hacer las cosas en libertad, imprescindible para ser feliz. Hoy, en la memoria del tiempo, Adelina valora su pasión por el saber, el ansia por alcanzar los fines nobles que la abuela proyectó sobre ella.

La abuela se fue una mañana de invierno. Le dijeron que detrás de las montañas de su pueblo había un nuevo horizonte.

Eulalia Teresa Rodriguez